

## **DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Sabiduría 2, 12.17-20): ***El justo nos resulta incómodo.***

**Salmo** (53, 3-4.5.6 y 8): ***«El Señor sostiene mi vida»***

**2ª lectura** (Santiago 3, 16 - 4,3): ***Donde hay envidias, hay desorden.***

**Evangelio** (Marcos 9, 30-37): ***Quien quiera ser primero se haga el último.***

*En la lectura del libro de la Sabiduría escuchamos que: «el justo resulta incómodo, aunque no utilice palabras; sus obras y su estilo de vida denuncian nuestras actitudes antihumanas». Este libro que se escribía en el siglo I o II antes de Cristo, sigue teniendo plena vigencia en el siglo XXI en el que hoy vivimos. El justo ha sido perseguido a lo largo de la historia, porque su sola conducta implica un reproche para los poderosos de este mundo; por eso, el justo, ha sido y sigue siendo perseguido. Incómodos resultaron tantos hombres y mujeres que a lo largo de la historia han muerto por actuar de acuerdo con sus convicciones, por mantener su fe y por mantener una actitud de vida que ha causado un reproche para los poderosos.*

*Recordemos, por ejemplo, a monseñor Oscar Arnulfo Romero. Un obispo que resultó incómodo, decía, en público, verdades peligrosas, verdades que hacían daño a los que detentaban el poder en El Salvador de los años 80, pero él siempre mantuvo que su ministerio era «dar testimonio de la verdad», y este testimonio fue constituirse en voz de los sin voz, en el defensor de los pobres, marginados, de los ajusticiados por defender la verdad... Esto lo convirtió en un reproche permanente para los poderosos y desencadenó una auténtica persecución contra él y contra lo que representaba, y desembocó en su asesinato el 24 de marzo de 1980. A los pocos años, y también en el Salvador, le siguieron en el martirio el jesuita español Ignacio Ellacuría y los mártires de la UCA.*

*Estos testimonios y los de tantos otros, nos deben hacer reflexionar, y cuantos buscamos un cristianismo cómodo, sin implicación, que solo aspira a cumplimientos rituales, nos tendremos que plantear cuál es nuestro compromiso y cuál nuestra justicia, porque el justo es el que conoce la voluntad de Dios y la lleva a la práctica en su vida. No podemos pretender ser justos sin complicarnos la vida. El testimonio de los mártires nos marca el camino.*

Los apóstoles siguen fielmente a Jesús, el Maestro, confían en Él, pero aunque le reconocen como Mesías, el enviado de Dios, no saben quién es Jesús. Ellos esperan al líder terreno que expulse a los romanos y establezca un reino donde ellos ocupen los puestos de mayor relevancia. Por eso discutían por el camino quién iba a ser el más grande en el Reino de Dios.

En su camino hacia Jerusalén, por segunda vez, Jesús les anuncia su destino, su pasión y muerte; es el tema en el que insiste con frecuencia, hasta tres veces les anunciará la Pasión; su vida pública es un camino hacia Jerusalén, un camino hacia la Pascua que celebrará en su muerte y Resurrección, donde Él mismo se constituye en el Cordero inmolado.

Esta insistencia es debida a que sus contemporáneos, sus mismos apóstoles, no han entendido que el Hijo del hombre glorioso anunciado por Daniel realizará su misión desde la figura del siervo de Yahvé anunciado por Isaías. Frente a los delirios de grandeza de los discípulos, al ansia de buscar los puestos de importancia en el Reino, Jesús les recuerda que el trono del Rey comenzó siendo un pesebre y será la cruz de los malditos.

Por ello, ante la discusión de los discípulos, no solo les anuncia la pasión y la muerte, sino que les aclara quien es el más grande en el Reino: ***«Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos»***. Con estas palabras está diciendo que el que quiera ser ciudadano del Reino, el que quiera ser discípulo de Jesús de Nazaret, tendrá que entender la vida desde la entrega, desde el servicio a los demás, sobre todo a los más débiles. Esto implica una contradicción con lo que pensaban los rabinos de tiempos de Jesús y con los que mantienen hoy una sociedad carente de valores donde asistimos a la opresión y marginación del hombre y a la idolatría del dinero y del poder.

El mensaje de Jesús es claro: la grandeza está en el servicio, en la humildad, en la entrega a los más débiles; por eso la Iglesia, que es el signo de la presencia del Reino en este mundo, será fiel a su misión cuando viva en el servicio, cuando sea realmente servidora de los más débiles; por eso podemos afirmar: ***«Una Iglesia que no sirve, no sirve para nada»***, y es que la Iglesia si no se entrega al servicio no cumple la voluntad de su fundador.

Es por eso que el Señor termina el evangelio con esta afirmación: ***«El que acoge a un niño como este en mi nombre, me acoge a mí»***. El niño en tiempos de Jesús era lo insignificante, lo que no cuenta para nada, y, sin embargo, no solo es acogido por Jesús sino que nos dice que para acogerle a Él hay que acoger al que no cuenta para la sociedad, para los poderosos; al que es despreciado y marginado. Por ello, la Iglesia hará presente a Cristo resucitado en medio del mundo cuando sepa acoger a los últimos de la sociedad, a los insignificantes y marginados de hoy.

Pues que al acoger hoy a Cristo hecho pan en la Eucaristía nos comprometamos a reconocerlo y acogerlo en la persona de los hermanos y sobre todo de los más pobres y necesitados.